

Cap. 5

EL AMIGO DE MI HERMANO

*Atravieso corriendo la cocina
salto sobre el mostrador
me raspo las rodillas
con el filo
me arañó los brazos
desgarro mi vestido
sujeto mi corazón que late tan alto
fuerzo mis ojos para ver bien
al mejor amigo de mi hermano
que llega conduciendo.*

*Lleva baja la gorra de pelota
sus ojos quedan en la sombra
su brazo moreno descansa perfecto
sobre la puerta del auto.*

*Atravieso corriendo el cuarto
salto sobre sillas y perros,
me golpeo el codo
me doy en el pie*

*y por fin llego a la galería
aquí está
el amigo de mi hermano
apoyado en su carro.*

Le sonrío.

Digo su nombre.

*Agitando la mano
lo invito a que entre.*

*Pero todo lo que dice
sin mirarme siquiera es:*

“oye, chica, ¿dónde está tu hermano?”

SI HABÍA ALGO QUE ME DISTRAJERA DE ESCRIBIR poemas e historias todos los días era Ángel Rodríguez, el mejor amigo de mi hermano.

Ángel había sido parte de nuestra familia, sentándose a la mesa todos los domingos para almorzar, desde que Guario había empezado a trabajar con él en el Café de Rocco dos años antes.

Un día vi a Ángel al otro lado de la mesa y vi algo más que el mejor amigo de Guario. De repente no pude dejar de pensar en él. Mi mente, que había sido una reserva de palabras y de ideas, estaba ahora llena con imá-

genes de Ángel. Mis oscuros ojos le seguían como un sedal de hollín caliente donde quiera que fuera.

Supe que me había enamorado de Ángel porque simplemente pensar en él me mareaba. Era el mareo de querer algo que jamás podría tener. Como los libros, adorablemente repletos de palabras, que nunca podría leer. Los propietarios de las librerías miraban mi destendido uniforme escolar y apretaban los labios con fuerza mientras meneaban sus cabezas. Puedes manchar las páginas, decían. Así que me quedaba allí con las manos detrás de mi espalda para no ser tentada, mirando de hito en hito los libros que no podía abrir.

Y así era con Ángel. Contemplaba su rostro sonriente, sus suaves músculos, su piel canela, y dejaba mis pensamientos a la espalda.

Ángel y Guario eran los mejores amigos, pero tan opuestos como las estrellas de una galaxia. Siempre que Ángel venía a casa se reía a carcajadas, y tomando la mano de mami la llevaba bailando por toda la habitación.

—Hola, mi amor —coqueteaba.

Le daba palmadas a papi en el hombro y bebía un trago de su ron directamente de la botella. Se acercaba a Ángela y le susurraba cosas en el oído que la hacían reír y taparse la boca con la mano.

—¡Eres muy malo, Ángel! —decía mi hermana sofocando la risa a duras penas.

En cuanto a mí, Ángel me guiñaba un ojo al pasar y me quitaba el pelo de la cara, inclinándose a veces para besarme en la mejilla. Yo temblaba irreprimiblemente como si un vendaval me atravesara el corazón.

—Mi pequeña estrella —me llamaba Ángel.

El resto del día todos nos sonreíamos y nos decíamos cosas que nunca nos decíamos el resto de la semana. Una vez oí que mami le decía a papi:

—Ese chico tiene un nombre perfecto. Verdaderamente trae el cielo con él.

Algunas semanas no podía esperar a que llegara el domingo, así que dejaba mi árbol gri gri después de la escuela, y gritaba a las ventanas abiertas:

—¡Mami, voy a dar un paseo!

Iba dando una vuelta hasta el Café de Rocco en la playa, me sentaba en un duro muro de piedra y miraba cómo Guario y Ángel bailaban su danza de camareros alrededor de las bellas turistas. Contemplaba cómo las muchachas hacían sus pedidos en voz baja haciendo que Ángel se inclinara sobre ellas, con su oído muy cerca de los labios rojo hibisco. Sonrisas y guiños rápidos iban y venían como en un partido de voleibol.

No me importaba ver estas cosas porque nunca me atreví a pensar en que Ángel podría ser mío, hasta la noche de la gran fiesta navideña de Rocco. Todas las Nochebuenas, Rocco daba una gran fiesta en el patio de su restaurante e invitaba a todo el mundo, incluso a las familias de los camareros. Rocco asaba un lechón sobre las brasas ardientes en la playa y los invitados decían que era el mejor lechón asado del mundo. A los niños se les reservaba las primeras bandejas de chicharrones, la crujiente piel del animal, y ése era el mejor regalo de Navidad.

Se empezaba a cantar cuando las estrellas de la medianoche estaban altas en el cielo. Se retiraban entonces las sillas y se bailaba hasta la llegada del día de Navidad, risueño y brillante sobre las verdes colinas. Como papi me había enseñado a bailar, decidí que ésta iba a ser la mejor fiesta de todas: finalmente dejaría de quedarme sentada al margen dedicándome a mirar cómo bailaba todo el mundo. Le demostraría a Ángel que no era simplemente la hermana pequeña de Guario. Era Ana Rosa, una chica que podía bailar y soñar.

Mami dijo que se quedaría en casa:

—Tengo que adobar y asar el lechón.

Pero todos conocíamos a papi. Tan pronto como terminara de asar la pierna tomaría a mami del brazo y

la llevaría a la fiesta de Rocco para bailar un par de merengues bajo la luna de Navidad. Eso sí, siempre y cuando no hubiera bebido más de una botella de ron y cayera dormido bajo la luz de la galería.

Ángela iba, y empezó a prepararse para la ocasión exactamente una semana antes. Me pidió incluso una página de mi cuaderno para anotar todas las cosas que tenía que hacer. Cada día tachaba algo nuevo:

—Me he pintado las uñas, me he depilado las piernas y le he subido el ruedo a mi vestido —y así sucesivamente.

Nunca había visto a Ángela tan preocupada por algo y empecé a preguntarme cuáles eran sus verdaderos planes. Sin embargo yo también estaba muy ocupada intentando lucir lo mejor posible. ¡Ángel tenía que ver que era más que la hermanita de Guario, vaya que sí!

Finalmente llegó el día de la fiesta. Mami me había hecho un precioso vestido aprovechando dos viejas prendas de Ángela. Tenía una larga saya verde oscuro que cuando giraba ondulaba a mi alrededor como las olas de un estanque. La blusa blanca llevaba un encaje que me recordaba las delicadas telas de araña de mi árbol gri gri. Mami peinó mi largo cabello castaño en

tirabuzones que caían a lo largo de mi espalda. Cuando caminaba, se movían de un lado a otro como un reloj que desgranara minutos. Pero no tenía calzado de vestir: sólo los gruesos zapatos marrones que llevaba a la escuela y a la iglesia o las zapatillas de goma con las que iba a los demás sitios.

Mami intentó rellenar las puntas de unos viejos zapatos de vestir de Ángela, pero no funcionó. Tan pronto como daba un paso, se me salían.

Finalmente decidí que llevaría mis zapatillas y cuando llegara a la fiesta me las quitaría e iría descalza.

—Es lo que hacen las turistas —le dije a mami—. Nunca llevan zapatos.

Con una mirada de preocupación en el rostro, mami le preguntó a Guario si eso era cierto. Guario dijo que sí y mami me dio su aprobación.

Guario silbó suavemente cuando me vio y me dio una vuelta diciendo:

—Cariño, esta noche me vas a romper el corazón.

El aspecto de Guario hacía pensar que él rompería unos cuantos corazones también. Llevaba los pantalones negros de camarero, pero en lugar de la camiseta blanca que habitualmente vestía, se había puesto una camisa blanca de manga larga y corbata roja. Con su es-

peso pelo negro peinado hacia atrás era un joven apuesto, deslumbrante.

—Todo lo que necesitas es una máscara negra y te podría llamar Zorro —bromeé.

Fue entonces cuando apareció Ángela. No había palabras esa noche para describir lo hermosa que estaba mi hermana. Los cabellos de Ángela se apilaban sobre su cabeza con rizos que caían como lenta miel hasta sus hombros. Se había hecho un vestido con una tela preciosa que mami había sacado de una vieja maleta, y que llevaba guardada allí, para su hija mayor, desde el nacimiento de Ángela.

El vestido era como una columna de marfil con hilos de oro entrelazados: cuando Ángela caminaba relucía como el ángel navideño que coronaba el árbol del Café de Rocco. La saya de Ángela no ondulaba: era simplemente Ángela y su elegante y perfecto vestido y yo jamás había visto alguien tan adorable. Cuando Guario la tomó de la mano su rostro mostraba estupefacción. Papi se frotaba los ojos incesantemente como si estuviera viendo un espejismo.

—Eres igualita que tu mami cuando la conocí —dijo.

—Pero, papi, si yo llevaba la ropa de trabajo —contestó mami.

—Pero así fue como me pareciste —replicó papi.

Mami y papi se quedaron de pie en la galería, abrazados. Roberto decidió esperar y acercarse más tarde con ellos, con lo que Guario nos acompañó a Ángela y a mí a la fiesta.

Vimos las luces navideñas que parpadeaban en el Café de Rocco mucho antes de que llegáramos. El aire de la noche era tibio y llevaba fragancias de sal, flores y emoción.

Vi a Ángel tan pronto entramos. Mi corazón redoblaba el ritmo del merengue que se filtraba entre las conversaciones y las risas.

«Oh, Dios mío», susurré para mí misma. Ángel llevaba la misma ropa que Guario, pero en él la camisa blanca era como las alas de un ángel y su sonrisa exactamente el cielo. Mami tenía razón después de todo.

Dejé mis zapatillas bajo el borde de una gran jardinera de flores y me quedé de pie, silenciosa, esperando a que Ángel reparara en mí, que viera mi vestido verde de sirena, que acercara su oído a mis rizos de modo que yo pudiera decirle en un susurro “Feliz Navidad”, pero Ángel no me miró salvo para sonreír rápidamente y decir: “Hola, pequeña estrella”, lo mismo que siempre, lo mismo que me decía los domingos cuando yo llevaba

shorts y camiseta y las rodillas sucias y dos largas trenzas.

Los ojos negros de Ángel, con sus largas pestañas, se detuvieron como mariposas sobre mi hermana y eso fue todo: allí se quedaron el resto de la noche. Ángel y Ángela, dos hermosos ángeles, se habían hecho uno.

Me alejé sobre mis pies descalzos con mi vestido verde río ondulando tras de mí, y los tirabuzones moviéndose de un lado a otro con un ritmo de profunda tristeza.

—Oye, Cenicienta, ¿quieres bailar?

Guario estaba de pie frente a mí, con la mano extendida.

—No —dije mientras meneaba la cabeza, y mis tirabuzones y todo lo que estaba en mí lo dijo también—. No, gracias.

Me levanté para dar una vuelta y me fui a ver las bandejas de comida colocadas sobre los manteles rojo brillante de las mesas. Una mujer sonriente y agradable me extendió un plato de arroz con dulce y yo intenté devolverle la sonrisa. Me llevé a la boca una cucharada del rico pudín de arroz dulce, pero incluso esta delicia se me quedaba en la boca como si fuera cemento.

Vi el gran lechón que se asaba cerca del patio. Las luces eran tan brillantes que no podía divisar las estrellas.

Me acerqué andando al muro de piedra y me senté sobre él balanceando mis piernas desnudas. Vi a Ángel bailar con Ángela bajo las luces de Navidad. Se veía alto y fuerte mientras ceñía la cintura de mi hermana y susurraba a su oído. Vi cómo mi hermana levantaba los ojos hacia él: si hubieran sido los míos habrían estado llenos de luz de luna y de canciones. Esto no era como mirar libros que no podía tocar: esto era muchísimo peor. Ni los libros, ni las palabras, ni los poemas, ni los cuentos, nada podía hacerme sentir lo que sentía entonces. Era como si hubiera tragado un gran buche de agua de mar y no pudiera respirar.

«Oh, Dios mío», susurré, «mis sueños no han debido de ser buenos si me siento así».

Estaba todavía sentada en el muro cuando se me acercó Guario y me ofreció un vaso de Coca-Cola fría. Luego apoyó los codos contra la pared y miramos juntos la escena del patio del Café de Rocco.

—Todo el mundo lo quiere, no te sientas mal —dijo Guario.

—No me siento mal —repliqué tragando la fría be-

bida. No me interesaba preguntarle a Guario cómo se había dado cuenta.

—¿Por qué te sientas aquí a mirarlo si te duele de ese modo? —susurró.

Me quedé muy quieta, sintiendo que las palabras de Guario me tocaban como lluvia fría.

—¿Cómo sabes que me duele? —pregunté.

Guario me miró y dijo:

—No necesito palabras para saberlo todo.

—¿Alguien más se ha dado cuenta? —pregunté temerosa.

—Ángel no —respondió—. Y eso es lo que realmente quieres saber, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Así que te sientas aquí y lo miras pase lo que pase, ¿no? —preguntó Guario.

—Sí —asentí—. No puedo evitarlo.

Guario meneó la cabeza, soltó una breve risa y dijo:

—Eso es lo que dice todo el mundo. Pensé que tú lo explicarías mejor.

Me encogí de hombros y las mangas de mi vestido-río se me bajaron. Las coloqué en su sitio de un tirón.

—¿Te has enamorado alguna vez? —pregunté.

—No tengo tiempo para eso —respondió mi hermano rápidamente.

Sus palabras resbalaron por mi espalda como hielo.

—Sí, sí lo tienes —respondí.

Guario no dijo nada. Se limitó a volver la cabeza y a mirar al mar.

—Tampoco necesito las palabras para saberlo todo —dije suavemente, poniendo mi mano sobre la suya.

Guario y yo nos quedamos cerca del muro, yo mirando como Ángel repartía su alegría por todo el Café de Roco y Guario mirando el mar.

Yo sabía que en algún lugar había una chica que mi hermano mayor amaba. Y aunque jamás él lo admitiría, supe que yo era la razón por la que él no se había ido a Canadá, Alemania o Nueva York con esa chica, a vivir su futuro.

—Quizá tus sueños también estén equivocados —dije por fin—. Quedarte aquí con nosotros, quiero decir.

—Nunca —respondió y me apretó la mano—. Te tengo a ti ¿recuerdas?

Y ésas fueron las palabras que devolvieron mi corazón roto a su sitio, por lo menos durante un momento.

Lo justo para sonreírle a mi hermano mayor. En sus ojos vi el reflejo de las luces de Navidad, y me pregunté lo que mostrarían si no fuera por las brillantes luces, algo que Guario no quería dejar ver a nadie.

Fui yo la que sugirió que volviéramos a la fiesta, pero no pude ni cantar ni bailar esa noche. Me limité a quedarme junto a la jardinera de flores rojas y esperar pacientemente a que llegara el día de Navidad sobre las verdes colinas. Por el rabillo del ojo podía ver a Ángel y a Ángela. Para dejar de pensar en ello y que el pecho no me doliera tanto, me dediqué a pensar en mi hermano Guario y en la búsqueda de su futuro.

Lo que no sabía era que mi propio futuro se acercaba al galope como un caballo desbocado, y que venía acompañado de un montón de preguntas que sólo yo podía responder.